

El texto como lugar de combate: la obra de Juan José Hernández Arregui y sus alcances como discurso político

Jorge Luis Ferrari

Universidad Nacional de La Pampa
Argentina
mirandaferrari@cpenet.com.ar

Resumen

La certeza de que el discurso se ubica en el punto de articulación entre los procesos ideológicos y los fenómenos lingüísticos y comunicativos permite analizar la obra de Juan José Hernández Arregui desde una perspectiva que muestra la existencia de dos esferas asociadas con la figura del autor: una específicamente política y otra de naturaleza cultural, que revelan la posición de un intelectual que sustenta una militancia política y las consecuencias de una actividad organizada en torno del conocimiento.

El lugar de la ideología en los textos de Hernández Arregui juega un papel primordial que excede el ámbito de lo estrictamente político para dar lugar a un compromiso en la lucha por el control simbólico de la cultura. En ese sentido, su combate fue esencialmente intelectual y, por ello, muchas de sus batallas se dirimieron en el campo discursivo.

Palabras clave: discurso – política – campo intelectual – ideología – nación

Keywords: *discourse – politics – intellectual field – ideology – nation*

Fecha de recepción: 23/02/2005

Fecha de aprobación: 23/08/2005

En su conceptualización respecto de la nación y el nacionalismo argentinos, Juan José Hernández Arregui apela a criterios objetivos y subjetivos para encontrar un marco teórico que le permita llegar a una definición de la nación. Es posible enrostrarlo, entonces, dentro de la corriente de pensamiento denominada “nacionalismo cultural”: para él, la nación se muestra como una “comunidad imaginada” (Anderson 1993), caracterizada por su limitación espacial y su aspiración a la soberanía política, que persiste en el tiempo como una patria histórica que hunde sus raíces hasta un pasado inmemorial para encarnarse, como etapa final de la liberación y realización nacional, en las masas peronistas (Ferrari 2003: 125-36).

Ahora bien, su pensamiento adolece de ciertas limitaciones que están condicionadas por la propia perspectiva ideológica y militante del autor y/o son producto de los cánones epistemológicos de su tiempo. Su profesión de fe popular y su desatención para con el devenir de los indígenas americanos;

su asumido marxismo y su rechazo por la cuestión obrera de principios del siglo XX; su adhesión a las masas del interior y luego a las masas peronistas como las depositarias de lo nacional, y su repudio de la inmigración; su endeble metodología de pretender definir científicamente la nación a través de criterios objetivos y subjetivos inconducentes muestran, entre otros aspectos, las contradicciones del pensamiento y las fisuras del sistema ideológico de Hernández Arregui.¹

La presencia en sus textos —*Imperialismo y cultura, La formación de la conciencia nacional, ¿Qué es el ser nacional?* y *Nacionalismo y liberación*— de determinadas unidades léxicas, estructuras sintácticas y relaciones semánticas, así como de estructuras retóricas y elementos implícitos revela algunas de las esferas que justifican una indagación que incluya la perspectiva del análisis del discurso. En especial, la ciencia del texto puede contribuir a develar los componentes ideológicos que se evidencian en forma particular en los contenidos lingüísticos ya que, como es sabido, los límites entre las competencias lingüísticas y las ideológicas son borrosos:

La ideología, aunque constituya un sistema de contenidos autónomo y susceptible de manifestarse en toda clase de comportamientos semiológicos, inviste en todas partes y en forma preferencial los contenidos lingüísticos; [en tanto que] el límite entre las dos competencias [lingüísticas e ideológicas] es en realidad “porosa”. (Kerbrat-Orecchioni 1986: 37).

Un estudio de esta naturaleza supone la consideración de tres componentes: 1) el lingüístico: pues los textos son manifestaciones codificadas lingüísticamente; 2) el pragmático: que permite incluir las categorías de autor, lector, situación histórica, objeto del habla, etc.; y 3) el estético-retórico: que establece relaciones entre el efecto sobre el lector, la interpretación y la valoración del discurso en relación con las intenciones comunicativas del emisor.

La vinculación de estas tres perspectivas permite analizar los textos no sólo desde su contenido o de estructura lógica, sino en función de las condiciones de producción, que remiten a un sujeto histórico y socialmente situado. Asimismo, esta concepción del discurso como productividad implica una doble apertura: por un lado hacia el momento de producción y por otro al de su lectura. En efecto, los discursos están condicionados por los sujetos a los que van dirigidos, ya que no fluyen en forma indiferenciada en la sociedad, sino que su circulación está ligada a la fragmentación del público, a ciertas condiciones institucionales de los enunciadorees y destinatarios, entre otros muchos aspectos.

El carácter de productividad acordado a los discursos supone [...] la existencia de una estrecha relación entre los textos y la dimensión histórico-social en la cual se insertan. Ahora bien, esto no significa de ningún modo postular una determinación mecánica de lo social en lo simbólico. Sostenemos al mismo tiempo la organización de toda producción simbólica según leyes relativamente autónomas y la inmanencia del contexto en el texto. (Ciriza *et al.*: 13).

El texto como lugar de combate: el discurso político

Dado nuestro interés en puntualizar la visión ideológica y cultural que trasuntan las obras de Hernández Arregui, debemos, en principio, tratar de definir su naturaleza discursiva.

Los libros y la militancia política fueron las dos pasiones que Hernández Arregui mantuvo durante toda su vida; ellas le valieron el calificativo de “intelectual peronista” (Neiburg 1998: 68). Galasso cita a Jorge Abelardo Ramos para sostener que

Antiguo radical nacionalista, la cultura de Hernández Arregui se modeló bajo la influencia del pensamiento marxista y los últimos años de reflexión no han hecho si no infundir relevancia a este rasgo que lo sitúa como al más destacado y quizá único intelectual marxista con que cuenta el movimiento nacional peronista. (1986: 110).

Esta afirmación no hace más que corroborar lo que Hernández Arregui siempre gustaba decir de sí mismo cuando se calificaba de marxista y peronista. Desencantado en las décadas de los años 1930 y 1940 con la conducción del radicalismo, se acercó al movimiento peronista, en el que se mantuvo, confrontando con propios y ajenos, convencido de su vocación popular y revolucionaria. Murió en 1974 sin tener tiempo de repasar su historia y hacer un balance de sus luchas.

Imperialismo y cultura (IC) es el primer libro en el que el autor aborda las cuestiones fundamentales del problema nacional: la influencia ideológica del imperialismo y la oligarquía sobre las clases medias nativas, denunciando a quienes, puestos al servicio del imperialismo, desarticulaban las fuerzas que luchaban por la liberación nacional.

En el prólogo de *La formación de la conciencia nacional (FCN)* señala el contenido fundamental de su segundo libro:

La crítica —inspirada en un profundo amor a la patria y fe en el destino nacional de la humanidad— contra la izquierda argentina sin conciencia nacional y el nacionalismo de derecha, con conciencia nacional y sin amor al pueblo [...] para contribuir, desde la izquierda nacional —en oposición a las izquierdas sin raíces en el país— al esclarecimiento de la cuestión nacional (19).²

En *¿Qué es el ser nacional? (QSN)*, Hernández Arregui ofrece una definición teórica del ser nacional y la fundamenta históricamente. Y por último, en *Nacionalismo y liberación (NL)*, define el nacionalismo como la teoría y la práctica de la revolución nacional que se encarna en la actividad revolucionaria de las masas.

Sin duda, las conexiones entre la esfera intelectual y la esfera política son evidentes en las obras de Hernández Arregui. Como intelectual, hace circular a través de sus textos ciertas nociones que conciernen al orden social. Asimismo, el tenor ideológico de las obras permite el ingreso en su seno de lo político: “[...] existe siempre una *doble lectura* virtual por la cual un elemento del campo cultural puede ser elemento significativo del espacio ideológico o político” (Sigal 2002: 9). En este sentido, las obras de Hernández Arregui demuestran un cambio en la perspectiva del debate en torno a la cuestión nacional que se venía practicando en la Argentina desde principios del siglo XX, ya que abandonan el campo literario y exponen una simbiosis entre la orientación política y una lectura de la historia.

Como explica Verón (1987: 13), el discurso político ha sido uno de los primeros objetos de estudio para el análisis del discurso. El concepto de “discurso político” implica, por un lado, incluirlo dentro de una tipología de discursos sociales y por otro, considerar la intervención de las instituciones políticas, lo que demuestra su complejidad y la dificultad de describirlo.

La consideración del campo discursivo de lo político y de las estrategias de las que se vale posibilita, en primer lugar, filiar la producción intelectual de Hernández Arregui dentro lo que se denomina discurso político y, en segundo término, detectar en cuanto tales las características particulares de sus textos.

El campo discursivo de lo político implica “enfrentamiento”, es decir una lucha entre enunciadores. En este sentido, la “enunciación política parece inseparable de la construcción de un adversario” (Verón: 16): vale decir que, además de construir una imagen positiva de quien enuncia y del destinatario apuntado, el discurso político elabora una imagen de otro destinatario que adquiere carácter negativo.

En consecuencia, de lo que se trata en definitiva es de una suerte de *desdoblamiento que se sitúa en la destinación*. Podemos decir que el imaginario político supone no menos de dos destinatarios: un destinatario positivo y un destinatario negativo. El discurso político se dirige *a ambos al mismo tiempo* (Verón: 16).

Esta relación que el enunciador establece con ambos destinatarios se sustenta en una creencia presupuesta: el destinatario positivo (prodestinatario) comparte los mismos valores y persigue los mismos objetivos que quien enuncia, mientras que el destinatario negativo (contradestinatario) está

excluido del “colectivo de identificación”. Asimismo, y particularmente en los contextos democráticos, existe un tercer tipo de destinatario, el paradesinatario, que supone una figura que no está enrolada en las mismas creencias del destinatario ni en las del adversario y que, por lo tanto, no participa directamente en esa lucha política.

Desde el punto de vista del enunciado político, se pueden distinguir dos niveles de funcionamiento, que Verón denomina entidades del imaginario político y componentes, respectivamente.

En el primero de estos niveles se ubican:

- a) el colectivo de identificación, fundamento de la relación que el discurso construye entre el enunciador y el prodestinatario, y que se manifiesta explícitamente en el plano del enunciado a través del “nosotros inclusivo”;³
- b) entidades más amplias que los colectivos colocadas en posición de recepción, asociados principalmente al paradesinatario, como por ejemplo: “ciudadanos”, “argentinos”, etc.;
- c) meta-colectivos singulares, por ejemplo: “el país”, “la patria”. Con este tipo de designaciones se “alude más que a un conjunto de seres humanos a entidades suprahumanas (o no estrictamente humanas) pues contienen elementos nocionales geográficos o de naturaleza más abstracta [...] se constituyen en ‘palabras símbolos’, cuyo valor connotativo es inversamente proporcional a su valor denotativo” (Fernández Lagunilla, 1999a: 32);
- d) formas nominalizadas de valor metafórico, tanto positivo como negativo, (“la participación”, “la crisis”), que funcionan como fórmulas relativamente aisladas; y
- e) formas nominales que poseen un valor explicativo y operan en la inteligibilidad de la interpretación (al menos en la del prodestinatario): “el imperialismo” es un ejemplo típico.

En el nivel de los componentes, se pueden diferenciar cuatro, aunque no son elementos aislados sino “zonas del discurso” (Verón: 20), a saber:

- a) el descriptivo: permite ejercitar la constatación, es decir efectuar un balance de la situación. “El componente descriptivo comporta con frecuencia a la vez una lectura del pasado y una lectura de la situación actual” (20);
- b) el didáctico: permite enunciar una fórmula de verdad universal;
- c) el prescriptivo: es de naturaleza interpelativa y, generalmente, adquiere un carácter impersonal; y
- d) el programático: permite al enunciador prometer, anunciar y comprometerse.

Los textos de Hernández Arregui revelan las características que Verón atribuye a la enunciación política:

Enunciar una palabra política consiste entonces en situarse a sí mismo y en situar tres tipos de destinatarios, por medio de constataciones, explicaciones, prescripciones y promesas, respecto de las entidades del imaginario: por un lado respecto de aquellas entidades con las cuales el enunciador busca construir una relación —los metacolectivos— y por otro respecto de la entidad que funda la legitimidad de la toma de palabra, el colectivo de identificación. (Verón: 23).

Mediante sus textos, Hernández Arregui inserta el campo de lo político en las redes sociales del sentido a través de ciertas estrategias que instituyen ciertos interlocutores. La relación, a la vez compleja e inestable, entre los textos y las peculiares condiciones en que fueron producidos y/o recibidos remite claramente a la dimensión de lo ideológico. En efecto, el autor elabora con sus obras cierta imagen de sí mismo y delinea al mismo tiempo una imagen de sus receptores:

El lugar del enunciador no se define entonces solamente por la autorreferencia, sino sobre todo por ese 'otro' que instaura ante sí, atribuyéndole determinadas competencias, saberes, expectativas, y hacia el cual se orientan las estrategias del discurso (Arfuch 1987: 31).

como demuestran los siguientes ejemplos tomados de los textos de Hernández Arregui:

La conciencia histórica del país, fortalecida en los últimos años, se apoya en las masas, en los sectores avanzados de la burguesía industrial y en los grupos intelectuales con conciencia nacional que se oponen a la entrega. (*IC*: 35).

Esta es la crítica —inspirada en un profundo amor al país y fe en el destino nacional de la humanidad— contra la izquierda argentina sin conciencia nacional y el nacionalismo de derecha, con conciencia nacional y sin amor al pueblo. (*FCN*: 19).

Pero el objetivo nuclear de este trabajo es contribuir al esclarecimiento de la cuestión nacional. Y finalmente, recordando a Napoleón, este libro está destinado a la juventud argentina, que hoy, desorientada, busca un lugar en la lucha por la liberación [...] (*FCN*: 21).

No he podido dejar de lado la polémica. Y sé las críticas que libros del tono de éste promueven en ciertos grupos intelectuales pulidos y "ecuánimes", que se colocan el gorro plateado de las ideas sin acento y de la bondad nazarena frente a los adversarios. (*QSN*: 10).

Lo cual prueba que el tal “marxismo” en la Argentina no era más que una de las formas de esa alienación cultural del coloniaje. [...] Espero que este libro contribuya en algo a aclarar las cosas, sobre todo en la gente joven, que se interesa no sólo por la metodología, sino por su correcta aplicación a la cuestión nacional. (*QSN*: 12).

Ya en la distancia, añoro con nostalgia a aquellos entrañables amigos provincianos hondamente hospitalarios y con recia conciencia nacional. (*NL*: 11).

Al evocar los momentos fundacionales de la nación, Hernández Arregui actualiza un lugar de pertenencia y una memoria común y, por lo tanto, su discurso se coloca en posición de ser recibido por todos los argentinos (prodestinatario, contradestinatario y paradesinatario):

Todas estas materias son tratadas con entera independencia de criterio, pues el autor carece de compromisos políticos salvo con las masas argentinas depositarias del destino nacional. (*FCN*: 19).

Este libro se explica por la actual situación de la Argentina. [...] El bosquejo del trabajo fue una conferencia leída en 1961 con el mismo nombre: ¿Qué es el ser nacional?, [...] Un público heterogéneo y atento, con presencia de obreros, estudiantes y diversos grupos ideológicos, fue el primer indicio de que el tema interesaba. (*QSN*: 7).

En lo que se refiere al juego con el adversario, no todo se reduce al combate directo o a la confrontación programática: el discurso tiende a presentarse como “verdadero” en la medida en que pone en juego la persuasión y el enunciador reclama para sí el lugar de la verdad. Los textos se presentan, entonces, como un lugar de combate:

Es ésta una interpretación beligerante de lo argentino, no una historia menesterosa. Pero la pasión no implica falsificación de la verdad. Sólo influyen en los momentos decisivos de un país, los libros escritos con la vehemencia de la vida entendida como lucha (*FCN*: 21).

Conozco en mi propia persona las dificultades de esta lucha. Pero si alguna dignidad tiene la conciencia nacional, debe afirmarse en el amor a la patria y en la fortaleza para soportar silencios, calumnias y hasta cárcel. Todo esto es chico porque la patria es grande. He elegido un destino y no me apartaré de él. [...] Vuelvo [...] al tono polémico [...] Y en mi ánimo no cabe la ofensa sino un indeclinable amor a la verdad (*QSN*: 10-11).

En cuanto a las entidades del imaginario político, Hernández Arregui se vale de todas las que hemos mencionado:

- a) el colectivo de identificación que aparece con más frecuencia en sus textos es el de “las masas”, con sus variantes de “movimiento nacional de masas”, “grandes masas políticas” y “el peronismo” o “masas peronistas”;
- b) entre las entidades más amplias que el colectivo de identificación antes mencionado se ubican los “amigos provincianos”, la “juventud argentina” y la “gente joven”;
- c) entre los meta-colectivos singulares se destacan “la Argentina”, “el país” y “la nación”;
- d) la forma nominalizada de valor metafórico más repetida es “la lucha”; y
- e) las formas nominales que apelan a la inteligibilidad del prodestinatario más frecuentes son “el imperialismo”, “la oligarquía”, “la liberación” y “la conciencia nacional”.

En lo que respecta a los componentes discursivos, los textos de Hernández Arregui evidencian principalmente la zona de lo descriptivo ya que su repaso de la historia de la nación y el nacionalismo argentinos le permiten hacer una descripción y un balance de la situación político-cultural de su momento y ubicar su pensamiento ideológico en una perspectiva histórica. Una mirada a los subtítulos que componen los capítulos de las obras permite detectar la zona de lo descriptivo en las obras del autor.⁴

Dado que el componente descriptivo implica, como dijimos, un análisis del pasado y una lectura de la situación actual (concomitante, obviamente, con el momento de la enunciación), ambas se articulan en el marco de un saber colectivo, que implica en principio el “nosotros” de identificación pero, al mismo tiempo, un colectivo más amplio y abarcador como lo son la “patria” y la “nación”.⁵

También es importante destacar que, a través del componente descriptivo, Hernández Arregui, se presenta a sí mismo como fuente privilegiada de la lucidez de la descripción (tanto del pasado nacional e iberoamericano como de la realidad de su momento) y de las numerosas evaluaciones, particularmente de carácter ideológico, que expone en los textos, como evidencian los ejemplos que hemos anotado antes.

La posesión de ese “saber” acerca del pasado y de la actualidad histórico-política de su tiempo da lugar a una función didáctica en tanto implica un gran despliegue del componente descriptivo del discurso, como vimos, a modo de diagnóstico global de la situación. El conocimiento de la realidad se torna, así, en el elemento esencial de la competencia política de Hernández Arregui y en la condición necesaria de su posibilidad de acción:

No basta para ello [para estudiar las épocas pasadas] la prueba documental. Es necesario penetrar en la total textura material y psíquica de las manifestaciones de la época —económicas, políticas, ideológicas— para de ellas derivar la interpretación coordinada de la realidad propia de toda visión integral de la historia que, en su primera etapa, podrá

alimentarse en el documento pero no más. Pues la historia es primero vida y después documento. (*FCN*: 20).

La acción es, así, el lugar donde desemboca el proceso de semiosis discursiva para Hernández Arregui. Como sostiene Sigal (7), se advierten “por una parte, las conexiones entre esfera intelectual y esfera política, y, por la otra, discursos y prácticas que se apoyan en la posesión de un saber para legitimar pretensiones de intervención en la esfera política”. El autor, en tanto intelectual, es un productor y un agente de circulación de ciertas nociones que conciernen al orden social.

Los textos de Hernández Arregui derivan de una búsqueda de conocimiento dirigida hacia una praxis determinada, lo cual subraya una identidad entre la palabra y la acción. En este sentido, el autor confía en la eficacia de la palabra oral y asume ese carácter en el componente prescriptivo de sus textos.⁶

Si bien no debemos olvidar que el origen de varios de los capítulos de los textos de Hernández Arregui se halla en diversas conferencias que ofreciera en distintos lugares del país, no es casual que en algunos de los prólogos de sus obras, ya transformadas en textos destinados a la lectura, aparezcan frases como:

De estas cosas se habla también en este libro. (*QSN*: 8).

Y sé de las críticas que libros del tono de éste promueven en ciertos grupos intelectuales pulidos y “ecuanímes” [...] (*QSN*: 10).

A esta crítica de las izquierdas, creo haber contribuido algo en mi libro, con la peculiaridad de que la misma ha partido de una consideración nacional del problema sin ceder un ápice en mis convicciones ideológicas. De ahí la eficacia de tal crítica. *Tengo, pues, derecho a hablar.* (*QSN*: 14).⁷

Los ejemplos evidencian el combate, desde el discurso, por la ocupación de un espacio público, y por lo tanto político, a partir del modo de constitución del circuito de la comunicación política, sustentada en el acto de la oratoria. Esta constatación reafirma lo que hemos dicho antes ya que el reconocimiento del valor de la retórica en el campo de lo político que Hernández Arregui pretende ingresar en sus textos, demuestra su competencia tanto política como su formación intelectual.

En efecto, la retórica clásica es un producto de la democracia y el derecho, es un arte que enseñaba al ciudadano a defenderse con el uso de la palabra en el marco de las reglas del juego democrático, que permitían a cada uno hablar en público y expresarse sin correr el riesgo de ofender con la palabra a ningún poder más que el determinado por la ley.

El artificio retórico de Hernández Arregui de pretender dotar del tono oratorio a sus textos escritos lo revela como un conocedor de la retórica y la política clásicas y, a través de tal estrategia, no sólo define su lugar de enunciación sino que también lo legitima. Esta fuente de legitimación remite a la base epistemológica de la concepción clásica del ser humano: en términos generales, la consideración del *homo loquens*, cuyo fundamento pedagógico es el arte de la retórica. Para Quintiliano, el *verbum* era la definición global y totalizante de la persona, el instrumento para constituir al individuo y para edificar la sociedad. En su obra *Instituto oratoria*, la noción de retórica implica tanto el saber como el hacer, ya que la oratoria se nutre de las ciencias y de las experiencias, del pensamiento y de la vida y viceversa (Hernández Guerrero 1998). Sobre la base de este mismo principio, Hernández Arregui se presenta como un orador y, como tal, un hombre civil completo, equilibrado, armónico y coherente cuya unidad interior e integración social está apoyada en la palabra, característica humana por excelencia e instrumento más eficaz y más contundente de comunicación.

Pero como enunciador de un discurso político, Hernández Arregui también recurre a otras fuentes de legitimidad.⁸ Entre ellas se destaca la coyuntura que autoriza a la toma de la palabra: “Este libro se explica por la actual situación de la Argentina” (*QSN*: 7). Asimismo, la apelación a mitos, símbolos o expresiones emblemáticas que forman parte del imaginario de la sociedad o de determinados grupos, contribuye también a establecer otros parámetros de reconocimiento y a legitimar su posición como productor del discurso. A esta finalidad parece responder el énfasis puesto en la idea de “liberación nacional” como objeto privilegiado de la lucha patriótica por la liberación histórica y las referencias al movimiento nacional peronista como artífice de la misma.

En síntesis, la legitimidad como enunciador fundada en la posesión del saber implica la responsabilidad de su transmisión, en especial a las “masas” (el prodestinatario): el orden del saber se vincula estrechamente con el orden del decir y éste, a su vez, con el del hacer. Por ello es que, en la medida en que Hernández Arregui reclama para sí el lugar de la verdad, el lugar de la palabra y el lugar de la acción, su discurso es claramente político y se transforma en el lugar de combate donde su ideología se manifiesta: la prédica del discurso de la verdad, de la honradez intelectual y de la autenticidad son las capacidades que sustentan a Hernández Arregui como un sujeto político que apela a la confianza de sus destinatarios y que desvirtúa a los otros discursos ideológicos aludidos en sus textos.

[...] hasta que un día comprendí, que el trabajo es la mejor terapia y que, cuando la misión del escritor nacional es más grande que la fugacidad de la existencia individual, la vida sólo tiene sentido como lucha al servicio del país.

Vueltos a leer los originales, los encontré útiles y únicamente agregué algunas notas actualizadas. Como a todos a mis libros anteriores a éste lo mueve una pasión patriótica. (NL: 11-12)

El discurso político y los ideogramas básicos: nación, nacionalismo y ser nacional

El lenguaje político es difícil de caracterizar desde el punto de vista exclusivamente lingüístico: en general, se lo define como vago o vacío y críptico y manipulador a la vez. Estas apreciaciones pueden justificarse por el hecho de que conjuga rasgos procedentes de diversos registros cultos con otros característicos de la coloquialidad, a las que hay que sumar las complejidades del fenómeno comunicativo como tal, es decir sus particularidades discursivas (Fernández Lagunilla 1999a). Esta autora (1999 a y b) prefiere la denominación de “comunicación política” frente a la de “lenguaje político” dado que expresa con mayor claridad las características lingüísticas heterogéneas que la caracterizan, en consonancia con la naturaleza compleja de sus protagonistas. Por la misma razón, en las páginas anteriores de este trabajo hemos aludido al problema de la enunciación política desde el punto de vista discursivo, en oposición a numerosos trabajos referidos al discurso político que, tal como explica Verón (13), se han concentrado en el análisis lexicológico como orientación metodológica dominante.

Como ya hemos indicado, el campo discursivo de lo político es un ámbito privilegiado para la expresión de cosmovisiones diferentes, en muchos casos antagónicas:

Si el hombre está inserto en el proceso de la reproducción social, si está conformado por la realidad social al tiempo que se posiciona frente a ella con una actitud activa y transformadora, es evidente que los bienes simbólicos que produce portarán las marcas del contexto, aún cuando su organización interna responda a reglas relativamente autónomas. (Ciriza *et al.*: 14).

En el caso de Hernández Arregui, sus textos políticos se estructuran según las reglas sintácticas de la lengua y la retórica del tipo discursivo, pero al mismo tiempo expresan valores y desvalores que operan como indicadores del lugar social en que se sitúa el autor frente a los conflictos relacionados con la idea de nación.

En efecto, la realidad social, el contexto del discurso, es fundamentalmente conflictiva y no armónica, conflictividad básica que estará presente en el plano discursivo: el texto exhibe, de algún modo o de maneras diferentes, la forma en que tales contradicciones son percibidas por su enunciador, ubicado él mismo como sujeto social. Hernández Arregui lo hace desde la toma de posición ideológica y partidaria y desde la polémica con

otros discursos sociales, especialmente el imperialista, el oligárquico y el marxista dogmático.

Habría sí, en todo texto, un nivel que podemos llamar político en sentido amplio, donde el autor, a partir de determinados juicios de valor, toma posición respecto de la conflictividad de las relaciones humanas, en la comunidad concreta a la que pertenece y en la cual desarrolla su actividad (Ciriza *et al.*: 15).

El nivel político de un texto se puede captar con ciertas herramientas metodológicas que provee el análisis del discurso, que permiten aprehender su organización. Es necesario aclarar, sin embargo, que esa disposición del nivel político no se refiere a las opciones teóricas sino a las valorativas que el autor realiza y en torno de las cuales articula los sentidos de su texto. Para desentrañar esa organización axiológica es preciso interpretar los instrumentos conceptuales que organizan el discurso, instrumentos que Ciriza *et al.* denominan “categorías histórico-sociales” y otros autores “ideologemas”, designación que preferimos y que utilizaremos de aquí en adelante.

Michel van Schendel, en su texto “*L’idéologème est un quasi-argument*” (1986/87) considera lo ideológico como un objeto semiótico y ofrece, además, un prolijo y minucioso estado de la cuestión que clarifica y permite tener una visión totalizadora de las posturas en torno del problema. Según van Schendel,

[...] todas las lecturas posibles, eventuales y diversas de un texto pueden ser relacionadas en la red de sus coherencias internas, porque son verificadas en cada una de las situaciones nuevas de lectura. [...] esta trama de coherencias depende del descubrimiento de al menos un ideograma latente entrelazado entre otras formas instituidas que el texto negocia (van Schendel: 21).⁹

Los ideologemas, entonces, permiten conocer el horizonte histórico e ideológico desde el cual un autor determinado emite un discurso, es decir que posibilitan la interpretación de la expresión discursiva, al mismo tiempo que definen una orientación axiológica determinada. Así, gracias al ideograma es posible “mapear” desde una perspectiva ideológica delimitada el devenir histórico de una sociedad plasmado en el discurso.

El componente ideologemático (o también denominado “situacional”), referido a las condiciones sociales de la enunciación o de la producción de signos, deriva provisoriamente de la cadena potencial infinita de la interpretación. A partir de esta afirmación, van Schendel identifica el ideograma como un principio activo que permite la diseminación de lo ideológico en el texto, porque constituye un sistema argumentativo elemental

y casi oculto que pone en conexión el texto con el interdiscurso social inmediato: así, no es ni texto ni discurso ni enunciado: no es “algo dicho”, sino que es solamente inferido de lo que se dice.

En pocas palabras, para van Schendel el ideologema es una unidad discursiva de orden proposicional que asume la forma de un juicio y dota al enunciado de un depósito sentencial que opera en la enunciación, en la que esta entidad abstracta forma una red (27). En coincidencia, para Marc Angenot (1986: 11) los ideogramas constituyen “las pequeñas unidades significantes dotadas de aceptabilidad difusa en una doxa dada” que circulan y se transforman en el marco de la intertextualidad. Por su parte, Frederic Jameson define el ideologema como “*la unidad inteligible más pequeña de los discursos colectivos esencialmente antagonistas*” (citado por van Schendel: 126).

Nuestro objetivo en esta parte del trabajo es, precisamente, rastrear esa retícula axiológica en los textos de Hernández Arregui que permitirá hallar un itinerario de los acontecimientos sociales, políticos e históricos de la Argentina, seleccionados y codificados desde la perspectiva histórica e ideológica del autor.

En la búsqueda de una definición conceptual de la nación y del ser nacional, Hernández Arregui utiliza el concepto de “patria”, que se le presenta asimilable a los otros dos por expresar desde el punto de vista emocional casi lo mismo:

[...] la palabra patria —al menos desde el punto de vista emocional— expresa aproximadamente lo mismo [que ser nacional]. El ser nacional, en esta primera reducción de la esfera todavía mal delimitada del concepto, es la patria. Pero también el concepto patria es muy genérico. Todos sabemos lo que queremos decir cuando hablamos de la patria. Mas la dificultad empieza cuando queremos racionalizar el sentimiento patriótico. (QSN: 16-17).

No resulta una sencilla tarea la de proponer definiciones conceptuales claras en el tema de la nación y los nacionalismos. La complejidad del tema fue señalada por varios autores incluyendo al propio Juan José Hernández Arregui, como señaláramos en Ferrari 2003.

El ser nacional se hace inteligible, entonces, sólo en una comunidad establecida en un ámbito geográfico y económico, jurídicamente organizada en nación, unida por una misma lengua, un pasado común, instituciones históricas, creencias y tradiciones también comunes conservadas en la memoria [...] en sus clases no ligadas al imperialismo, [...] que en tanto disposición revolucionaria de las masas oprimidas se manifiesta como conciencia imperialista, como voluntad nacional de destino. (QSN: 22).

La equivalencia, o “secreta sinonimia” como la describe Hernández Arregui (*NL*: 253) entre pueblo y nación, se sustenta para él en la existencia de las masas trabajadoras.

[...] En la base del ser nacional se encuentran las clases sociales, y dado que la actividad del hombre en comunidad es un proceso que se anuda en las tempestades de la vida colectiva, el ser nacional manifiesta su diversidad, en la lucha política de una nación [...] (*QSN*: 19).

Asimismo, la definición de la nación y del ser nacional se logra a través de la exposición de la crítica a los supuestos ideológicos del imperialismo, es decir que el autor incorpora en su enunciado las claves de otros discursos socio-políticos, con ubicación espacio-temporal y/o social distinta y con posiciones axiológicas también diversas, que interactúan en forma conflictiva en la misma estructura semántica.¹⁰

[...] Así, el rasgo contradictorio principal del ser nacional, [...], es en determinadas clases, como proyección mental del imperialismo sobre las colonias, el sojuzgamiento acatado del ser nacional a la voluntad extranjera, y en otras clases, una disposición contraria de no entrega del destino nacional, de la patria, de la heredad cultural, a los poderes extraños. [...] (*QSN*: 20).

[...] Una nación que acepta la teoría librecambista de otra, no es una nación, pues está favoreciendo, al desguarecer su propio mercado, a la industria extranjera, y en consecuencia, frenando su propio desarrollo industrial, base de toda independencia nacional. [...] (*NL*: 83).

La definición de Hernández Arregui de la nación encaja con la explicación general del nacionalismo propuesta por Anderson (1993), ya que aparece como una comunidad imaginada caracterizada por su limitación espacial y por su aspiración a la soberanía política, en tanto que el nacionalismo sería la fuerza ideológica encarnada en las masas para conducir al grupo nacional hacia su autonomía económica, política y cultural. Es un nacionalismo de carácter cultural ya que hace referencia a la antigüedad histórica del tipo de organización política y social conocido como nación, aludiendo a su carácter inmemorial o perenne.

[...] Una cultura nacional, [...], [implica] participación común en la misma lengua, en los usos y costumbre, organizaciones económicas, territorio, clima, composición étnica. [...] (*FCN*: 48).

[...] Esta definición de la cultura propone la presencia de los siguientes elementos: 1) Una comunidad económica con su correlativa base técnica de sustentación asentada en el área geográfica; 2) Valores y símbolos

homogéneos vivificados por la lengua; 3) Conciencia atemporal de la propia personalidad histórica colectivamente experimentada como distinta de otras personalidades históricas. [...]. (IC: 276).

[...] Entre los elementos que han resistido a la disolución de la cultura nacional, citaremos aquí el más importante. La lengua. [...] Se piensa, se siente, se quiere en términos de lenguaje que es el instrumento del pensar, del sentimiento y de la voluntad. [...] (FCN: 87).

La nación, que en Hernández Arregui es una nación hispanoamericana, remonta su origen a un pasado lejano difícil de datar, durante el cual dos vertientes culturales conviven y se desarrollan, la americana indígena y la española, que se encuentran en el momento de la conquista española de América para, a partir de allí, confluir en una nueva realidad cultural que se materializa en la nación hispanoamericana:

[Origen de la Nación] [...] retroceder a España, y al hecho de la conquista, calar en las instituciones indígenas y en el período prehispánico, [...] pasar a la época actual descifrando la influencia del imperialismo [...] (QSN: 22).

Aunque Hernández Arregui hable de un nacionalismo revolucionario que lucha por la liberación nacional encarnado en la Argentina en las masas peronistas, verá en esta lucha sólo una etapa de la liberación definitiva. En América Latina la “causa del mal que oprime a sus pueblos no es nacional sino iberoamericana” (QSN: 304). En tanto la América Hispánica constituye una sola nación, la “disposición glomerular de la América Latina, sus países en mosaico, no responde a causas geográficas, históricas o raciales fatales” (QSN: 34) sino que es una operación combinada de las fuerzas del imperialismo y de las oligarquías locales a su servicio.

Otro aspecto importante para destacar en la evaluación de la nación que efectúa Hernández Arregui es su doble carácter de hecho individual y social, que condiciona la manifestación de las tensiones sociales y políticas del ser nacional:

[...] la patria de un lado es un hecho psicológico vivido como experiencia individual, y del otro, un hecho social, en tanto conciencia colectiva de un destino. [...] (QSN: 17).

[...] El ser nacional, en última instancia, pugna por cimentarse sobre las oposiciones de las clases sociales que luchan por el poder político. En síntesis, el ser nacional no es uno sino múltiple [...]. (QSN: 19)

Asimismo, la identidad del ser nacional se vincula con la de la cultura nacional:

[...] El ser nacional se expresa como cultura nacional. ¿Pero qué es la cultura? En su definición más escueta –luego se ahonda en la cuestión– es el conjunto de bienes materiales y espirituales producidos por un grupo humano, y que dan forma a la coexistencia y coetaneidad de una comunidad nacional. [...] (*QSN*: 18).

En cuanto a la tradición política asociada con la idea de nación, Hernández Arregui remite a algunas de las que han marcado el proyecto político del país: la democrática, reflejada en la figura de Irigoyen, y la populista-democrática cuya principal expresión es Perón. La asociación de estos líderes políticos del siglo XX con la figura de Rosas y la mención en el mismo nivel sintagmático de su condición de caudillos alude a la dicotomía de “civilización y barbarie” como imagen fundamental de la simbología nacional, pero en sentido opuesto al que fue asumido por la tradición liberal (Ferrari 2004): “[...] Se llamen Rosas, Yrigoyen o Perón, [...]. El gran caudillo representa el carácter nacional dominante. [...]” (*FCN*: 46).¹¹

Para Hernández Arregui, el “carácter nacional” constituye la “barbarie” pero revalorizada históricamente con sentido positivo en la figura de ciertos líderes políticos que trabajaron en función del desarrollo del pueblo como nación.

Otro aspecto que contribuye a delinear las características de la nación argentina y latinoamericana forma parte, como hemos explicado en el apartado anterior, del componente descriptivo de los textos. El panorama de la historia nacional, desde sus momentos fundacionales, enfocado en las vicisitudes del establecimiento del carácter ideológico de la nación y el ser nacional, justifica las características del ser y la cultura nacionales.

La opresión de los pueblos americanos se justifica en la historia americana bajo el influjo de Inglaterra, que se sintetiza en expresiones como “poder político”, “explotación”, “imperialismo”, “oligarquía”, “desunión territorial” y que se oponen a la idea valorizada de “emancipación americana” asociada con la de “masas”. En consecuencia, la desunión de América Hispánica, concebida ésta como una cultura, es para Hernández Arregui el origen de la desintegración nacional, cuya voluntad histórica sólo podrá hacerse efectiva si los grupos nacionales se alían, política y moralmente, contra el imperialismo:

[...] América Hispánica es una cultura. [...] El sino mundial de la América Hispánica no podrá realizarse sin la voluntad de sus grupos nacionales integrantes organizados sobre una conciencia común de los problemas. Tal política debe ser la moral en grande del continente. (*IC*: 294-95).

En cuanto a este aspecto, el autor delinea en sus textos los ámbitos ideológicos contrapuestos de las distintas formas de nacionalismo político que han existido en la Argentina:

[...] Hay dos nacionalismos. Uno, el del estado fuerte que se anexiona al débil. Otro, el nacionalismo de los pueblos débiles contra la prepotencia de los fuertes. (*IC*: 31).

[...] Una corriente de ideas que vulnera al imperialismo, al liberalismo colonial, a los mitos históricos de la clase ganadera [...]. Tal la inestimable función cumplida en Argentina por el nacionalismo de derecha. [...] (*FCN*: 278).

[...] el concepto de nacionalismo referido a una nación poderosa, es en su núcleo vital, inseparable del concepto de opresión de los países débiles. [...]. El concepto de nacionalismo en un país atrasado, es en cambio, [...], lucha por la libertad. [...] (*NL*: 177-178).

[...] Hay pues un nacionalismo reaccionario y un nacionalismo revolucionario. [...] (*NC*: 15).

[...] Un nacionalismo ligado a las clases privilegiadas [...] y un nacionalismo que se expresa en la voluntad emancipadora de las grandes masas populares. [...] (*NC*: 15-16).

[...] Hay un nacionalismo defensivo de los pueblos libres y un nacionalismo expansivo [...]. (*NL*: 82).

Los ejemplos, referidos a la concepción acerca del nacionalismo, anotados antes son claramente dicotómicos y exponen dos planos discursivos en su caracterización: el nacionalismo que es valorado por el autor y el nacionalismo que es devaluado. Los términos que operan en forma opositiva en estos fragmentos son los siguientes: pueblos fuertes/pueblos débiles; concentración del poder/necesidad del estado nacional; prepotencia/madurez; oligarquía (o clases privilegiadas)/masas (o grandes masas populares); opresión/lucha por la libertad; nacionalismo reaccionario/nacionalismo revolucionario y nacionalismo defensivo/nacionalismo expansivo. Las connotaciones irreductiblemente contrarias que se advierten en la valoración del nacionalismo como movimiento ideológico y político evidencian en la selección léxica la toma de postura de Hernández Arregui como partidario del nacionalismo popular y revolucionario, entendido como el único camino de lucha por la constitución histórica del ser nacional, que expone claramente en otros pasajes de su obra:

[...] [por] nacionalismo, entendemos, *en su acepción verdadera*, la teoría y práctica de una revolución nacional liberadora del coloniaje, que únicamente puede encarnarse —aunque a esa liberación nacional contribuyan otros factores de poder: Ejército, Iglesia, Burguesía nacional, etc.— en la actividad revolucionaria de las masas. [...] (NL: 15).¹²

La atribución de verdad a un concepto tan controvertido —o a la palabra que lo designa, como en este caso, ya que Hernández Arregui utiliza el término “acepción”— remite a la estrategia que hemos mencionado en el apartado anterior acerca de la valorización del propio discurso en tanto depositario de “la” verdad.

A ese nacionalismo con el cual el discurso del autor se identifica se le atribuye una misión histórica fundamental para el país:

[...] En la Argentina el nacionalismo muestra rasgos individualizadores y cumple una misión histórica compleja. Estos rasgos pueden resumirse así: 1º) Es un movimiento antiliberal que apoya su crítica en la tradicional posición antimodernista de la Iglesia y en las encíclicas papales. 2º) Es aristocrático e hispanista. 3º) Es antibritánico, al menos en sus orígenes. 4º) Es antimarxista, y ésta es, en última instancia, su razón de ser. El nacionalismo argentino nace en las postrimerías de 1928 y se afirma luego de 1930. [...] (IC: 28).

En lo que se refiere a las relaciones entre el campo intelectual y el nacionalismo, Hernández Arregui repasa la historia cultural reciente:

[...] Para los jóvenes que se iniciaban en la literatura, en medio de la gran crisis de 1929, el país, [...] ofrece un aspecto fantasmal [...]. Nada une a estos jóvenes con el pasado. [...] (IC: 130-31).

lo que le permite, a su vez, exponer su visión de los bienes simbólicos sustentados por el programa ideológico del nacionalismo cultural (configurado por un conjunto de identificaciones colectivas que encarnan y representan los rasgos distintivos del espíritu nacional): los mitos fundadores de la argentinidad que ese discurso instituyó son expuestos por Hernández Arregui como ya carentes de significado, al menos del sentido original, en su momento histórico-cultural:

[...] En “Don Segundo Sombra” [Güiraldes, Revista Sur], “Martín Fierro” está definitivamente sepultado. El gaucho altivo se ha convertido en manso peón, la raza de centauros en ejército de asalariados rurales. El hambre condenó al gaucho a la humildad que el estanciero Güiraldes presentará como alta virtud racial [...] (IC: 142-43).

[...] El gaucho es el nativo despojado de la tierra, filiado a una cultura arcaica. [...]. El compadrito es la urbanización de un mito, de cuyo antecedente —el gaucho— sólo le queda la apariencia de libertad y coraje. [...] (IC: 121).

[...] La irrupción invasora del imperialismo con sus formas disolventes de las culturas autóctonas, trae enancado el movimiento modernista, que en este orden, es una manifestación espiritual que avanza. [...] (IC: 71).

El discurso político es, como hemos visto, un espacio discursivo en el que se materializa especialmente la expresión de la ideología. Ésta interpela a los individuos en tanto sujetos situados histórica y socialmente, es decir que “siempre aparece a través de un conjunto complejo determinado de *formaciones ideológicas* que [...] juegan en cada fase histórica de la lucha de clases un papel necesariamente desigual” (Pêcheux 1978: 234). En el caso de Hernández Arregui, y a través de la interpretación de los ideogramas que hemos rastreado en sus obras —y a pesar de que, dada la vastedad de su producción, es una selección muy acotada— podemos afirmar que la interpelación se realiza en vistas a la lucha contra el imperialismo, en general, y contra las oligarquías opresoras ligadas al imperialismo, en particular. Es por ello que se sitúa el más alto grado de desarrollo de la conciencia nacional en las masas populares, identificadas particularmente con los militantes del peronismo, concebido como un movimiento emancipador de la Argentina.

Asimismo, dicha instancia discursiva de interpelación o demanda se manifiesta también en la actitud del autor hacia la cultura precedente y hacia sus receptores —los lectores— y es la que facilita la presentación del contenido social e ideológico en los textos.

Conclusiones

La certeza de que el discurso se ubica en el punto de articulación entre los procesos ideológicos y los fenómenos lingüísticos y comunicativos nos ha permitido analizar la obra de Juan José Hernández Arregui desde una perspectiva que muestra la existencia de dos esferas asociadas con la figura del autor: una específicamente política y otra de naturaleza cultural, ambas dotadas de principios y de reglas de funcionamiento que les son propios, que revelan la posición de un intelectual que sustenta una militancia política y las consecuencias de una actividad organizada en torno del conocimiento.¹³

El saber se conjuga con los valores colectivos y ese lazo es el que se “lee” en los discursos de Hernández Arregui. Su conocida actividad militante parece evitar que el lugar de lo político quede velado ante el espacio de lo cultural, que subyace a su condición de intelectual, en concordancia con lo que Bourdieu (1993: 186) advierte casi como una norma al examinar las relaciones entre las esferas política y cultural.¹⁴ Esto nos lleva necesariamente

a evaluar la interacción entre política y cultura en Hernández Arregui como una dinámica de carácter mixto.

Como intelectual peronista y nacionalista, Hernández Arregui manifiesta en su obra la preocupación por estudiar la realidad nacional, por encontrar en la historia la clave del presente y, por último, por ubicar al peronismo en “una secuencia histórica dotada de un sentido preestablecido” (Sigal: 104). En este marco, el “problema nacional” gana espacio discursivo: la representación de la nación, asociada a la idea de pueblo, proporciona el anclaje necesario para sustentar la crítica al imperialismo y luchar por la liberación nacional en un claro ideal de defensa de los valores derivados de un “saber” sobre la patria, especificidad que el autor logra gracias a su formación como filósofo e historiador.

Asimismo, “la invención de un origen y de una epopeya nacionales era crucial [...] [porque] permitía asentar y hacer verosímiles sus juicios sobre la política” (Sigal: 176), es decir construir un espacio privilegiado de enunciación del pasado y del presente fundamentado en la pretensión de emitir un discurso “verdadero”.

En síntesis, el lugar de la ideología en los textos de Hernández Arregui juega un papel primordial que excede el ámbito de lo estrictamente político para dar lugar a un compromiso en la lucha por el control simbólico de la cultura. En ese sentido, su combate fue esencialmente intelectual y, por ello, muchas de sus batallas se dirimieron en el campo discursivo.

Notas

¹ Para un detalle acerca de las limitaciones en el sistema ideológico de Hernández Arregui remito a Ferrari 2004.

² Todas las citas de las obras de Hernández Arregui corresponden a las ediciones que se citan en la Bibliografía como fuentes primarias.

³ Se puede definir el contenido del “nosotros inclusivo” como la suma de un “yo” (enunciador) más un “tú” (destinatario, que puede ser singular o plural). El “nosotros inclusivo” es puramente deíctico, es decir que para determinar su referencia es preciso considerar algunos de los elementos constitutivos de la situación de comunicación, tales como las posiciones de enunciadore y destinatario y su situación espacio-temporal (Kerbrat-Orecchioni: 48).

⁴ *Imperialismo y cultura*: I. El imperialismo y la crisis de la espiritualidad de nuestro tiempo. II. El imperialismo y la literatura nacional. III. El imperialismo, la crisis de 1929, y la literatura de Buenos Aires. IV. El imperialismo, la afirmación de la oligarquía, y a literatura de las “elites”. V. El imperialismo y la imagen colonizada de la Argentina. VI. El imperialismo y el retorno de las “elites”. VII. El imperialismo y la pequeña burguesía de los dependientes. VIII. El imperialismo y la cultura latinoamericana. *La formación de la conciencia nacional*: I. Oligarquía e inmigración en la Argentina. II. Las izquierdas en la Argentina. III. El nacionalismo de derecha en la Argentina. IV. F.O.R.J.A. y la lucha popular por la liberación nacional. V. Perón, el ascenso de las masas y la degradación de las izquierdas. VI. Conciencia histórica y liberación nacional. *¿Qué es el ser nacional?*: I.

Sobre el concepto de “Ser Nacional”. II. Los orígenes históricos del “Ser Nacional”. III. El siglo XIX y el retroceso del “Ser Nacional”. IV. Cultura y “Ser Nacional”. V. Los fundamentos reales del “Ser Nacional”. *Nacionalismo y liberación*: Prólogo: ¿Qué es el nacionalismo? I. El siglo XIX y el nacimiento de las nacionalidades. II. El siglo XIX, la caída de España y el nacimiento de falsas nacionalidades hispanoamericanas. III. El siglo XIX, la oligarquía argentina y el dominio británico. IV. El nacionalismo del siglo XX en las metrópolis y en las colonias. V. El neocolonialismo y la industria nacional. VI. La preponderancia imperialista, los sindicatos y la política argentina actual.

⁵ Recordemos que, como hemos puntualizado en Ferrari 2003:129, la palabra “patria” para Hernández Arregui significa aproximadamente lo mismo que “nación”.

⁶ Desde el punto de vista de la pragmática lingüística, “decir” equivale a “hacer”. En esta perspectiva, el lenguaje es una actividad en la que el hablante actúa sobre el destinatario para influir en su comportamiento, en determinadas circunstancias (Austin 1982).

⁷ En todos estos ejemplos, la cursiva es mía.

⁸ Como explica Arfuch (37, nota 10), el discurso político apela a diversas fuentes de legitimación: posiciones institucionales, cumplimiento de mandatos, coyunturas, momentos fundacionales (de la nación, el partido o el movimiento), figuras arquetípicas, etc.

⁹ La traducción de los fragmentos del texto de van Schendel corresponden a Raquel Miranda.

¹⁰ Todo discurso supone la existencia de un discurso contrario organizado a partir de una orientación valorativa distinta. [...] [que] puede no haber alcanzado manifestación textual [...] Sin embargo, en tanto funciona como el contexto simbólico más inmediato del discurso analizado, es susceptible de ser reconstruido a partir de éste. (Ciriza *et. al.*: 19).

¹¹ Como sintetiza Sigal (173), la raíz común de “los escritores nacionalistas que, desde los años treinta, habían emprendido la crítica al imperialismo británico y a las elites liberales argentinas” se ubica en la crítica acompañada por la reivindicación de la figura del Juan Manuel de Rosas.

¹² Las cursivas son mías.

¹³ Remito a Sigal: 8, a propósito de la dimensión letrada de los militantes y la dimensión ideológica de los letrados.

¹⁴ Bourdieu indica que, para los intelectuales, las luchas internas por el poder cultural dependen siempre de la correspondencia que puedan tener con las luchas externas (ya sean en el campo del poder o en el campo social en su conjunto).

Obras citadas

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE, 1993.

Angenot, Marc. “Intertextualidad, interdiscursividad, discurso social”. *Revista de Crítica y de Teoría Literaria*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Humanidades y Artes. (1986): 3-21.

Austin, John L. *Cómo hacer cosas con las palabras*. Buenos Aires-Barcelona: Paidós, 1982.

- Arfuch, Leonor. "Dos variantes del juego de la política en el discurso electoral de 1983". VVAA. *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette, 1987. 29-52.
- Bourdieu, Pierre. *Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*. Paris: Seuil, 1993.
- Ciriza, A et al. *El discurso pedagógico*. San José (Costa Rica), RNTC. 1992.
- Fernández Lagunilla, Marina. *La lengua en la comunicación política I: El discurso del poder*. Madrid: Arco/Libros, 1999a.
- _____. *La lengua en la comunicación política II: La palabra del poder*. Madrid: Arco/Libros, 1999b.
- Ferrari, Jorge Luis. "Ser nacional, marxismo y antiimperialismo: el nacionalismo en Juan José Hernández Arregui". *Anuario de la Facultad de Ciencias Humanas*. Santa Rosa: EdUNLPam. (2003): 125-36.
- _____. "La nación en la obra de Juan José Hernández Arregui: aproximación y crítica". *Anuario de la Facultad de Ciencias Humanas*. Santa Rosa: EdUNLPam, 2004. (en prensa).
- Galasso, Norberto. *J. J. Hernández Arregui: del peronismo al socialismo*. Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional, 1986.
- Hernández Arregui, Juan José. *Nacionalismo y liberación*. Buenos Aires: Hachea, 1969.
- _____. *Imperialismo y cultura*. 3ª ed. Buenos Aires: Plus Ultra, 1973.
- _____. *La formación de la conciencia nacional*. 3ª ed. Buenos Aires: Plus Ultra, 1973.
- _____. *¿Qué es el ser nacional?* 3ª ed. Buenos Aires: Plus Ultra, 1973.
- Hernández Guerrero, José Antonio. "De la *actio* de Quintiliano a la "imagen" pública". Eds. T. Albaladejo, Emilio Del Río y José Antonio Caballero. *Quintiliano: Historia y Actualidad de la Retórica*. I. Logroño: Ediciones Instituto de Estudios Riojanos. (1998): 87-100.
- Kerbrat-Orecchioni, Catherine. *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*. Buenos Aires: Edicial, 1986.
- Neiburg, Federico. *Los intelectuales y la invención del peronismo: estudios de antropología social y cultural*. Madrid: Alianza Editorial, 1998.
- Pêcheux, Michel. *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos, 1978.
- Sigal, Silvia. *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del sesenta*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Argentina editores, 2002.
- Van Schendel, Michel. "L'idéologue est un quasi-argument". *Texte*. 5-6. 1986/87. 21-132.
- Verón, Eliseo. "La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política". VVAA. *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette, 1987. 11-26.